

La Lapa y otros relatos seleccionados

ÁNGEL GUERRA

Selección y prólogo de Zebensuí Rodríguez Álvarez Lanzarote,  
Ediciones Remotas, 2020, 224 pp.

*reseña de* Danilo Manera

José Rafael Betancort Cabrera (1874-1950) nació en Teguise, en la isla de Lanzarote, empezó en Gran Canaria su fecunda actividad de periodista medio autodidacta y en 1900 se trasladó a Madrid, donde trabó profunda amistad con Benito Pérez Galdos y vivió inmerso en la vida cultural de la corte. Escribió muchísimo en numerosos periódicos. Recordemos al menos *La Correspondencia de España*, diario del que fue corresponsal en París y luego director. Galdosiano es el seudónimo que popularizó, “Ángel Guerra”. Fue hombre político: representó en el Parlamento su isla natal varias veces consecutivas, como diputado de la izquierda monárquica, hasta la llegada al poder de Primo de Rivera. Entre 1930 y 1931 fue Director General de Prisiones. Después de la guerra civil, su producción periodística y literaria cesó y ya no volvió nunca más a su amado archipiélago.

Poeta y dramaturgo de género chico en la juventud, siempre trabajó como crítico literario y traductor, pero lo mejor de su arte vino con la novela corta y el cuento. Zebensuí Rodríguez Álvarez describe su trayectoria literaria como una evolución que va de una etapa tardorromántica, preciosista y de idealismo costumbrista, a una etapa más modernista atenta «a las raíces identitarias y a los temas sociales y políticos» (p. 16). Se podría añadir que su actitud ética y cierto carácter reivindicativo de su regionalismo canario tienen a veces tintes noventayochistas. Rodríguez Álvarez elige con razón las cuatro narraciones más logradas y di-

vulgadas (que constituyen el grueso de su edición), es decir *Al jallo* (1907), *La Lapa* (1908), *Tierra seca* (1911) y *A merced del viento* (1912). Y, en efecto, leídas una tras otra, las cuatro historias pintan un cuadro sombrío de la tragedia desesperada de los campesinos y pescadores canarios, vidas hechas de soledad, amargura, cansancio, sufrimiento, rencores y venganzas. Incluso el paisaje reseco y hostil nos habla de sed, pobreza y abandono. Y el mar que rodea esta tierra inhóspita no se convierte en un símbolo de libertad, sino en una furia. Son los “mares salvajes” que los campesinos nunca han visto y que de noche parece que amenazan con invadir el llano, como lo hicieron en los siglos las erupciones volcánicas.

Tómense como ejemplo las dos hermanas de *A merced del viento*. Una, Dolorcitas, avispada y atrevida, se las arregla para ser la criada en el cortijo del amo, y luego niega hasta la limosna a su hermana Salomé. Ésta busca estiércol de camello para el fuego en el arenal ardiente (el desierto llamado *jable*) y allí la viola despiadadamente el otro criado del amo. Desamparada y angustiada, Salomé se arroja a un aljibe, en cuyo fondo misterioso acaso «pudiera esconderse la afrenta y hallar una paz perdurable, en la vida ya imposible» (p. 188). El agua oscura se remueve con un ruido extraño, con «un murmurio de rezo o de llanto» (p. 190) y luego recobra su dulce quietud nocturna. Ángel Guerra sabe mitigar las asperezas con frases rápidas o toques sentimentales

de los que emerge toda su compasión. Por supuesto, las de sus relatos son unas Canarias enormemente diferentes de las de ahora, con un turismo que ha traído desarrollo y prosperidad evidentes, aunque no exentos de defectos. Y precisamente por eso el Lanzarote de Ángel Guerra sorprende por su contundencia. Tal vez la infinita tristeza de estas historias canarias de antaño hable de una experiencia autobiográfica dolorosa, de una distancia ya insalvable, de un territorio perdido en una memoria irrecuperable.

En los relatos felizmente añadidos y casi redescubiertos para esta edición, *Al son del remo* (1915), *Detrás del camello* (1917), *Las paces* (1920), adquiere aún más entidad el protagonismo de la mujer canaria, víctima de la violencia, el maltrato, el menosprecio. Y una vez más apreciamos el uso sistemático del léxico vernáculo, que hace de los escritos regionalistas un tesoro del idioma. En *Las paces*, se narra una riña entre dos de las orchilleras que trabajan en el cantil de Famara, con los niños pequeños dejados a la custodia de los perros en un rincón. Pero cuando una casi precipita al abismo y hay que rescatarla, los grupos enemigos olvidan todas las ofensas y actúan juntos. La desdichada mujer se salva, pero se le seca la leche

por el susto, y la que amamantará y acunará a su hijo será la rival con la que se había peleado.

Hasta ahora el estudio de Ángel Guerra y la reedición de sus obras había sido una tarea casi solitaria de Antonio Cabrera Perera, gran bibliotecario y profesor emérito de la Universidad de las Palmas. A su desvelo y compromiso debemos el estudio pionero *Ángel Guerra, narrador canario* (Cátedra, Cabildo Insular de Gran Canaria, 1983), y las ediciones de *La Lapa* (Cátedra, Letras Hispánicas, 1978), de *Cariños* (Ayuntamiento de Tegui, 1989) y de la antología *La Lapa y otros cuentos* (Biblioteca Básica Canaria, 1989). Y todos sus trabajos dedican una atención específica a las voces populares canarias y a los giros dialectales. En 1989, se realizó también un documental para la televisión sobre Ángel Guerra, dirigido por Antonio Casanova, en la serie “La historia en persona” de RTVE. Ahora, este nuevo libro de agradable y cuidado aspecto vuelve a llamar la atención de los lectores (y no solamente los canarios) sobre un autor sólido e inspirado, que merece una definitiva recuperación, como les está tocando a muchos escritores de la asombrosa cosecha de la Edad de Plata.